

tre otras cosas y principalmente para dirigir la guerra y las emigraciones, para elegir los pastos y residencias y para distribuirlos entre aquellas comunidades. Todas estas relaciones, sin embargo, no habían sido claramente explicadas por ninguno de los antiguos cronistas, y quizás en realidad no estaban tan perfectamente deslindadas, sino que dependían de las circunstancias de momento en que las distintas razas se encontraban. También en esto son los namaquías los más á propósito para perfeccionar y explicar en cierto modo aquellas noticias. Su organización política se asemeja, en lo general, á la que acabamos de describir, siendo especialmente floja y variable. En los distintos tiempos, diversos caudillos han pretendido todos para sí el papel de jefes directores, pero hoy no existe una cohesión política. Hace veinte años se dividían en veinte y tantas tribus, pero el



Una azada de los namaquías (según Wood)

número de éstas ha variado mucho á consecuencia de frecuentes reuniones y separaciones. La mayor parte de estas tribus la constituyen los orlam, es decir los hotentotes del Cabo inmigrados; y la parte más pequeña la forman los namaquías pletóricos, íntimamente unidos entre sí, que, en los tiempos de los caudillos Zeib y Oasib, se tenían por el pueblo más ilustre, por el pueblo «real», y habrían de buena gana pretendido dirigir á todos los demás. La afirmación de Sutherland de que los más ilustres entre los hotentotes del siglo décimoséptimo tenían un idioma ininteligible para el vulgo, nos lleva de nuevo á la existencia de este real ó pretendido privilegio de una sola tribu que hablaba su dialecto propio. En realidad, se distinguen por su carácter más marcado y por su mayor energía y poseen un grado no insignificante de orgullo nacional, que se manifiesta por su tenaz persistencia en el idioma y en las costumbres de sus padres. Las demás tribus se ven menos favorecidas por las condiciones del suelo y del clima de sus residencias. Cada tribu tiene su caudillo propio, cuya dignidad es hereditaria en la línea masculina; pero este caudillo, fuera de que es el más rico de todos, apenas ostenta distintivo alguno: únicamente su choza es un poco más grande, y en las comidas se le sirve el trozo del anca de un animal, lo cual es considerado como un honor, y otras cosas análogas. Su influencia, sin embargo, no es poca: él es quien resuelve los litigios, quien castiga los delitos, quien convoca las asambleas populares, y quien, en las emigraciones, indica el camino que debe seguir su tribu y señala el término del viaje. En el ejercicio de estas funciones está ayudado por un consejo de los más ilustres de su tribu, pero el grado de su importancia depende por completo del prestigio de su personalidad, que aumenta con su conducta enérgica, con cacerías atrevidas y afortunadas, etc., etc. Si este prestigio es insignificante, cada cual hace lo que le da la gana. Prescindiendo de la aplicación que de las leyes se hace, algunas tribus las tienen excelentes. Th. Hahn, por ejemplo, describe la siguiente ley de la tribu de Oasit: si algún viajero se apea en alguna aldea, habrá en ésta funcionarios especiales que se harán cargo de sus caballos ó bueyes, los con-

ducirán, desensillarán, abrevarán, apacentarán, los pondrán por la noche á cubierto de los ataques de las fieras, etc. Al extranjero se le proveerá de leche, carne, agua y leña y se le dará un hombre que le evite las molestias que puedan causarle los niños y los adultos y que, si aquél viaja solo, conserve su fuego y lo custodie durante la noche. Cuando el viajero quiera emprender de nuevo la marcha no tendrá que hacer más que ponerlo en conocimiento del caudillo por conducto de su guardián, é inmediatamente, aunque sea de noche, encontrará dispuestos sus animales. Nadie podrá pedir recompensa alguna por tales servicios; el viajero, si quiere, podrá hacer algún regalo á su huésped, y tanto si se le hace como si no, en nada alterará esto la hospitalidad que se le dispensará otra vez. Esta costumbre de la hospitalidad se comprende especialmente respecto de los europeos, teniendo en cuenta que el comercio con éstos es indispensable para los namaquías que, gracias á él, se proporcionan las cosas para ellos más preciosas, tales como las armas y las municiones; pero de todas maneras dice mucho en favor de su talento organizador y de su perspicacia el hecho de que reconozcan de tal manera esta necesidad. Algunos caudillos se sienten de tal modo inclinados al comercio y al tráfico que gracias á ellos ha podido establecerse al través del país de los namaquías un camino desde la estación misionera de Bethania á Borseba y (gracias á Jonker Africano) desde las mesetas del Norte hasta la bahía de la Ballena.

Lo más notable es que esta hospitalidad «regulada por la ley» no excluye los tratamientos de muy diversa índole que puede sufrir el viajero en cuanto salga del territorio en donde tan espontánea protección se le ha dispensado. La única manera de viajar seguro es procurarse una recomendación para la tribu vecina más inmediata. Pero cuando á estas tribus se las injuria, cuando se muestra cierta desconfianza hacia ellas ó cuando se emiten opiniones á ellas desfavorables, no consideran injusto robar al viajero, ó «tomarle», como dicen simplemente. A veces la venganza que se toma del que ha querido ofenderlos con su altanería es más benigna, citándose el caso de un caudillo que hizo que los 600 hombres, mujeres y niños de su tribu, con los rostros ensuciados de excrementos de vaca, abrazaran y besaran á un inglés que se había permitido gastar toda clase de bromas respecto de la necedad de los namaquías. No nos parece muy verosímil lo que dice T. Hahn de que este sucio procedimiento se emplea como piedra de toque para conocer el carácter de los extranjeros que llegan á aquellos pueblos.

En la vida jurídica de los namaquías el rasgo más saliente es el castigo severo que se aplica á los asesinos: el homicidio impensado puede purgarse con una simple multa pagadera en cabezas de ganado, si bien el homicida debe además preparar una comida de reconciliación, en la cual se le frota con la sangre de la vaca muerta especialmente para este objeto y de cuya carne no le es dado comer. En cambio, el asesinato premeditado se castiga con sangrienta venganza, para lo cual es llamado en primer lugar el pariente más próximo del interfecto; si éste sucumbe ó fallece, se llama al que sigue y así sucesivamente, y si no hay pariente alguno ejecuta la venganza el amigo del muerto. Este deber se toma muy en serio. En cierta ocasión, un bosquimán que había asesinado á sus dos mujeres namaquías del territorio de Rehoboth huyó á comarca distinta, por la cual anduvo errante como un desesperado, procurando sustraerse á los esfuerzos que hacían los namaquías para apoderarse de él; por fin consiguieron éstos, gracias á su astucia, prenderle, logrado lo cual le ataron á la rueda de un carro para llevarlo á donde estaba su vengador: éste llegó casualmente aquella misma

tarde á aquel lugar y, después de muy pocas palabras, partió de un golpe el cráneo del asesino. Los delitos contra la propiedad son castigados, según parece, con multas de cabezas de ganado ó de otra especie cualquiera, y si el reo no tiene con qué hacerlas efectivas, entonces se le aplica un castigo corporal.

De sesenta años á esta parte, las relaciones políticas del país de los namaquías han variado notablemente á consecuencia de haber inmigrado en él, como hemos visto, hotentotes bastardos de la colonia del Cabo, variación en el sentido de que algunas naturalezas aptas para dominar y dotadas de gran energía, pero también de mala fe y de inconsideración grandes, se elevaron por encima de la masa de los namaquías é imprimieron en éstos un carácter esencialmente agresivo, en especial respecto de sus vecinos del



Caja para grasa de los namaquías. (Museo etnográfico, Berlín.) Véase pág. 103.

Norte (los hereros ó damaras), carácter que no aparece hasta entonces en su historia. Consecuencia de este cambio fué una guerra de fronteras casi continua, y si bien en 1870 se firmó la paz, en los últimos años ha estallado nuevamente la guerra. Las probabilidades de paz duradera sólo dependen de lo siguiente: los 20,000 namaquías dejarán de atacar á sus vecinos del Norte cuando éstos, que si bien tienen aptitud para la guerra son más tranquilos y más afectos al cristianismo, posean las mismas armas de fuego que aquéllos; pues la superioridad del armamento de los namaquías es lo único que les ha permitido estar por encima de sus enemigos. Las guerras son indudablemente por un igual funestas para ambas partes, así para los namaquías como para los hereros, y mientras duren es imposible que prospere ninguno de los gérmenes de cultura que entre estos pueblos han diseminado las misiones y el comercio. Para hacer comprender más este fenómeno tan importante en la historia de los namaquías y de los sudafricanos, trazaremos un ligero bosquejo de una de aquellas «dinastías» de esos príncipes bandidos que hasta ahora ha conservado su situación dominante y que sigue siendo la expresión de la unión más fuerte y poderosa en el país de los namaquías, la dinastía de los Cazadores ó de los Africanos.

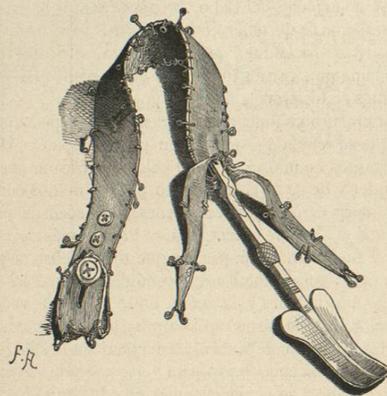
El primitivo nombre de estos caudillos era el de Cazadores, el de Africanos le recibieron más tarde. El padre del primero, el infame y luego famoso Cristián Africano, era caudillo de un pueblo hotentote cada vez más acorralado al interior por los colonos holandeses, que acabaron por dominarlo; Cristián estaba aliado con un rico boer para el cual hacía expediciones contra los rapaces bosquimanos, á los cuales tomaba el ganado que habían robado, y para el cual tenía que ejecutar su pueblo algunos trabajos. Este boer se portaba cruel y orgullosamente con Africano y con sus propias gentes, prohibiéndoles que emigrasen á otro punto del país. Cierta día, surgió una contienda entre el boer y el

africano, siendo aquél muerto por un hermano de éste. Entonces la tribu huyó al Norte y se estableció en el Orange, en la parte meridional del gran país de los namaquías. Pero ni siquiera allí le fué dado gozar de tranquilidad, pues fué perseguido por el gobierno del Cabo, que quería vengar en él el asesinato de aquel boer, cuyos compatriotas se pusieron como «bastardos» sobre su pista. Al mismo tiempo, veíase duramente hostilizado por los namaquías, sus vecinos, estando por lo tanto obligado á defenderse por todos lados. La perfidia y la crueldad que empleó en su defensa le conquistaron muy pronto un nombre temible, y si bien mató á un gran número de enemigos, perdió en esta lucha sus fuerzas. En estas expediciones guerreras no fueron respetados los misioneros, siendo incendiada la estación de Warmbad. Un misionero alemán, Alberto, consiguió por último refrenar al africano y más tarde el misionero escocés Moffat logró el gran triunfo de llevar á este terror de los colonos, que era tenido por el más sanguinario é incorregible de los salvajes, á la ciudad del Cabo, cuyo gobernador le perdonó con la esperanza de tener en él un apoyo para mejorar el estado de los hotentotes de las fronteras. Africano murió tranquilamente en su aldea del país de los namaquías, cuyos habitantes se hicieron con el tiempo cristianos y cuya población procuró mejorar en todos conceptos, especialmente en lo que se refería á la aplicación y á la limpieza. Moffat refiere rasgos conmovedores del celo de Africano por leer y aprender y de su arrepentimiento por los delitos cometidos; al morir dejó muy pocos bienes, pues socorría pródigamente á cuantos veía necesitados. Pero lo más de admirar en él fué el amor á la paz, de que dió pruebas. «Aquel que en otro tiempo, como tea encendida, propagó las querellas, las hostilidades y la guerra entre las tribus vecinas, encontrábase ahora dispuesto siempre á servir de mediador entre dos partes querellantes, y así como antes sólo acostumbraba á levantar el brazo para verse rodeado de lanzas ó de arcos, ahora se le veía siempre en ademán suplicante exhortando á los que combatían á que se reconciliaran; y llamando la atención sobre su pasada vida, exclamaba: —¿Qué me resta ahora de todas mis batallas y de los ganados que he robado más que vergüenza y arrepentimiento?»

Nada demuestra más claramente la falta de cohesión de la vida espiritual y por ende de la historia de estos pueblos como el hecho de que á Cristián Africano le sucedió un hijo que, á pesar de haber sido educado cristianamente y según los buenos principios, se hizo tan temible por sus guerras y rapiñas como antes se había hecho su padre, con la sola diferencia de que siguió esta senda hasta su muerte; era éste Jonker Africano, que tan importante aunque funesto papel representó en la historia de las emigraciones de los hotentotes al país de los namaquías. A él hay que atribuir una gran parte de las luchas que desde una generación acá devastan los territorios de los namaquías y de los damaras. En la época en que falleció Cristián Africano, vivía un hijo mayor de éste, cuyo partido abrazó una parte del pueblo, pero Jonker supo hacerse proclamar caudillo, y pudo, gracias á la proximidad en que su pequeña tribu vivía de las fronteras de la colonia, que le proporcionaba armas de fuego, tener un armamento muy superior al de los namaquías del Norte. Éstos, en la lucha con los damaras, llamaron en su auxilio á Jonker, el cual contaba entonces cincuenta años y podía ser considerado como el verdadero jefe de namaquías después que hubo hostilizado y debilitado considerablemente á los damaras. Andersson refiere que durante los cuatro años de su permanencia entre los damaras (1851-1855), éstos vieron pasar á poder de los namaquías, mandados por Jonker, la cuarta parte de sus ga-

nados, después de haber perdido anteriormente y por igual causa otro tanto. Después de mucho tiempo, y gracias á la mediación de los misioneros, pudo restablecerse la paz, pero hace algunos años que ha estallado nuevamente la antigua lucha entre namaquias y damaras, debido á las maquinaciones de Jan Africano, tercer caudillo guerrero de la familia de los Africanos, cuyo retrato, junto con el de su esposa, publicamos en la pág. 9.

La influencia que los llamados «bastardos», es decir descendientes de sangre blanca y hotentote, han ejercido sobre la historia moderna de los hotentotes, es no sólo uno de los más interesantes rasgos de la historia de los pueblos africanos, sino también el rasgo más trascendental desde el punto de vista histórico que nos ofrece la suerte del pueblo hotentote desde que se puso en contacto con los europeos. Con la aparición en primera línea de estos elementos semicivilizados, ha tomado por vez primera cierto carácter acti-



Cuchara para tomar rapé, usada por los hotentotes (Museo municipal de Francfort del Mein).

vo la historia hasta entonces pasiva de los hotentotes, carácter que, sin embargo, podría fracasar antes de llegar á su meta. No obstante, esta mezcla ha sido indudablemente beneficiosa para los dos únicos restos importantes de los hotentotes, los griquias y los namaquias, por más que la mayoría de los mestizos haya merecido ser juzgada de muy distintas maneras por los blancos, que muchas veces están con razón descontentos de ellos, pero que también á menudo se muestran de ellos injustamente celosos. Mas aun prescindiendo de esto, merecen los griquias — en su calidad de pueblo mestizo independiente, cuyo origen ha de descubrirse aún — ser especialmente estudiados, pues ofrecen ejemplo notable de formación de una tribu, con vida y caracteres propios, conseguida por la mezcla de los más heterogéneos elementos. En este concepto es también de grande interés conocer la historia de su nombre. Cuando los holandeses se establecieron en el Cabo, vivían cerca de éste, como tribu hotentote vecina, los griquias, que son con frecuencia citados como pueblo numeroso, y que al igual de las demás tribus hotentotes del Sudoeste fueron empujados por los colonos cada vez más hacia el interior, y admitieron — cosa que ya anteriormente había sucedido, aunque no en tanta proporción — gran número de bosquimanos y, andando el tiempo, también un número no pequeño de aquellos «bastardos» (mestizos de europeos y de hotentotes ó bosquimanos) que, rechazados por la parte paterna y no atraídos por la materna, se encontraban á fines del siglo XVII

en gran número en la colonia y en sus fronteras. Este tercer elemento, que, así por sus cualidades corporales como por sus dotes espirituales, estaba muy por encima de las dos partes indígenas integrantes de este pueblo, ejerció muy pronto tan grande influencia sobre todas esas tribus, que el nombre primitivo de griquias fué durante algún tiempo completamente sustituido por el de «bastardos.» Esta fácil aceptación de un nombre que dentro de nuestra manera de pensar nada tiene de honroso, se explica perfectamente teniendo en cuenta el orgullo con que los mestizos europeos sud-africanos — del mismo modo que los sud-americanos ó malayos — miran las contadas gotas de sangre blanca que circulan por sus venas. De los sud-africanos de color, aquellos que tienen algún motivo para creer que son «bastardos», no se olvidan de darse este nombre, llevándolo con más orgullo que el de hotentotes, bosquimanos ó griquias. Esa denominación de bastardos se considera tanto más un privilegio, cuanto que aun mucho después de la adopción del nombre de griquias (1813) siguieron llamándose bastardos aquellos que tenían ó mostraban tener más sangre blanca que de color, por más que no consiguieran ser mejor tratados que sus compatriotas hotentotes. Sólo los misioneros, que demostraron un interés especial por este nuevo pueblo, podían hacer desaparecer este nombre que les repugnaba y volver por los fueros de la denominación de griquias, que desde entonces han conservado todos los individuos de la tribu. A ello contribuyó también mucho un esclavo negro manumitido, Adam Kok, de las costas de Mozambique, que se hizo amigo de los griquias y consiguió, gracias á la superioridad de su inteligencia y de su carácter, tal influencia entre ellos, que no sólo pudo dirigirlos durante muchos años, sí que también logró, aun después de haber desaparecido de la escena, dejarles como herencia algo de la importancia política que á su frente había conquistado.

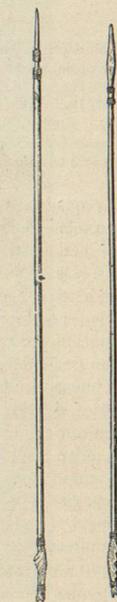
Bajo el nombre de una tribu hotentote que ha desaparecido se presenta, pues, á nuestra consideración una raza mixta compuesta de tres principales elementos, á saber: hotentotes, bosquimanos y europeos. Es asimismo indudable que en la población de la colonia del Cabo, de antiguo muy abigarrada, y entre los bastardos que se unieron á los dos primeros elementos citados, existían verdaderos mulatos y también mestizos de sangre malaya. En los griquias pueden reconocerse dos partes integrantes: 1.ª los llamados griquias puros, respecto de los cuales no cabe duda alguna de que, en su mayoría, son mestizos de hotentotes y bosquimanos: por regla general son pequeños, de un color moreno amarillento, tienen el cabello corto y lanoso y los pómulos anchos y salientes. 2.ª Los «bastardos» propiamente dichos, de estatura elevada, de vigoroso cuerpo, de una fisonomía que recuerda más ó menos la de los europeos y de cabello bastante largo y crespa; el color de su piel es generalmente oscuro, á menudo en grado extraordinario, pero algunas veces es también, como consecuencia de la sangre hotentote, más pálido y ceniciento. En el lenguaje común de la colonia del Cabo, se suele aplicar á estos últimos el nombre de griquias indistintamente, por las antiguas y cada vez mayores relaciones que con ellos tienen; pero los «bastardos» se oponen abiertamente á que así se les denomine.

Es sumamente instructivo ver cómo el nombre de un pueblo que primitivamente pertenecía á una tribu hotentote fué á parar á una mezcla de hotentotes, bosquimanos y europeos y acabó por ser aplicado á estos últimos aun en los casos en que no tenían relación alguna con los anteriores. Desde que los griquias, unidos á los «bastardos», á los

koranas, á los betschuanos y á otros representantes de las poblaciones sud-africanas tuvieron un solo territorio, el Griqualand (país de los griquias), situado al Norte del Orange central, aplicóse comunmente á los habitantes del mismo el nombre de «griqualandeses», que constituye una generalización más trascendental, pues en vez de idea etnográfica resulta una idea política. Como se ve, es imposible describir una forma característica de estos griquias desde el punto de vista corporal, porque sus elementos se han mezclado poco entre sí: de suerte que encontramos en ellos tantas variaciones como modos y grados de cruzamiento. Cada individuo tiene su tipo especial, pero de todas maneras es indudable que las dos partes integrantes principales, los verdaderos griquias y los «bastardos», tienen cierta superioridad intelectual sobre los indígenas puros: esta influencia la tienen los bastardos naturalmente por la parte de herencia europea que consigo llevan, al paso que los griquias verdaderos la han adquirido gracias á sus antiguas relaciones con los europeos, á los cuidados que les han prodigado los misioneros y quizás también á algunas gotas de sangre europea que circulan por sus venas, aun cuando no sea más que por mediación de los «bastardos.»

Se ha afirmado sin más ni más, hablando de los mestizos europeos del Sud de África — como de los de la India y de la América del Sud — que poseen todas las faltas de sus padres y ninguna de sus virtudes. Esta afirmación es tanto más cierta respecto de unos y de otros, cuanto que los mestizos rara vez reúnen todas las excelencias del padre europeo y todas las virtudes de la madre de color, pero de ello no debe culparse tanto á la mezcla de sangre como á la educación especial y poco favorable que reciben y han de recibir necesariamente estas gentes, dada su situación entre dos razas tan profundamente separadas entre sí. Ya se comprenderá que los cuidados de esta educación hubieron de correr á cargo de la madre y que, por lo tanto, las primeras impresiones del joven mestizo hubo éste de recibirlas en medio de la raza inferior. A medida que fué creciendo, pudo comprender la superioridad que generalmente le daba, así en lo espiritual como en lo corporal, la parte de sangre blanca que por sus venas circulaba, á pesar de lo cual no era admitido por la raza de su padre, que le consideraba como hombre de color, sin tener para nada en cuenta las buenas cualidades que por ser mestizo hubiera podido heredar. De aquí que, por regla general, reciba menos educación é instrucción de las que serían necesarias á tenor de sus aptitudes y que, puesto en tales condiciones, no pueda hacer el mejor uso de sus dotes. Superior á los hombres de color en condiciones intelectuales, en energía y hasta en fuerza corporal ó por lo menos en deseos é impulsos de utilizarse de ella, carece, sin embargo, de la cualidad de contentarse con su situación oprimida é inferior y de la flemática insensibilidad para resistir toda suerte de privaciones que caracteriza á la raza de color y que tanto contribuye á hacer inofensivos sus salvajes instintos. A menudo comparte con ésta la poca afición al trabajo forzoso. Por esto, esos «bastardos» son los que con más actividad y perseverancia recorren los desiertos, los mejores tiradores, los más hábiles cazadores y los más astutos comerciantes, pero son al propio tiempo los mayores ladrones, los peores borrachos y en algunos casos los más peligrosos criminales del país. Por un lado los habitantes del Griqualand son los que, mucho antes que los blancos, ascendieron al Ngami y cruzaron los desiertos de Kalahari por caminos que aquellos no se atrevían á seguir; y por otro, son, como los «desperados» del Sud de África, los más atrevidos y astutos ladrones y salteadores de caminos. Aun en los puntos en que llevan una vida sedentaria

y se dedican á trabajos constantes, conservan en su carácter algo indómito. En una memoria de 1870 se dice, hablando de los bastardos de las minas de cobre de Ukiep: «Es este un pueblo errante, turbulento y desenfrenado que lo conoce todo, rehacio en reconocer á un soberano más allá de la medida que él cree necesaria; gentes salvajes y desdichadas que, por lo demás, no son ni mejores ni peores que otros cualesquiera que adolezcan de esta misma falta de educación.» Los griquias, que no pueden ser incluidos en ninguno de los grupos de pueblos presentes y que no caben dentro de ninguno de los marcos sociales existentes, son, por nacimiento, aptos y más aún inclinados al nomadismo, á que tan afectos por naturaleza se hallan ya los sud-africanos. En efecto, los griquias fueron durante mucho tiempo tan decididamente nómadas que ya en 1871, en *Cape Monthly*, se les citó, como á los árabes del Sud de África, en oposición á los agrícolas betschuanos. Toda su historia es una historia de nómadas y de emigrantes. En 1820, vivían divididos en tres tribus bajo el mando de Kok y de Berend y habitaban en el territorio comprendido desde Daniel Kuy hasta la corriente del Riet; cuando en 1822 Nic. Waterboer fué elegido en Griquatown, muchos griquias emigraron y se unieron á otras tribus. Otro éxodo dirigido por Buys se dirigió á las montañas que se elevan en la frontera de la colonia del Cabo, naciendo á consecuencia de ello los bergenaers. En 1876, Adam Kok se encaminó con sus griquias hacia la colonia bosquimana de Philippolis, tan devastada por los cafres, acompañándole allí muchos contingentes del país de los namaquias y de otros territorios. Entretanto aumentó el número de los boers, que traspasaron las fronteras de la colonia del Cabo, originándose de aquí luchas entre ellos y los griquias: estos últimos quisieron volver á su territorio británico cuando los boers fueron contenidos en sus fronteras por las tropas inglesas. Por lo demás, el caudillo griquia venía percibiendo desde 1834 subsidios del gobierno británico. Desde que en 1854 se fundó el Estado libre de Orange, los griquias se veían cada vez más acorralados, así es que en 1859 enviaron una expedición exploradora de territorios y en 1862 emigraron á Nomansland, en las llamadas montañas de Draken. Esta clase de vida era la más á propósito para formular dudosas pretensiones sobre territorios, á pesar de la cual el pueblo griquia, á consecuencia del abuso del aguardiente, de haber vuelto á dedicarse á la caza, y del avance de los blancos, se empobreció y disminuyó rápidamente de población. En 1867, Nic. Waterboer gobernaba solamente sobre algunos centenares de personas. A consecuencia de las pretensiones de este Waterboer, Inglaterra se apropió, en 1872, el territorio del Diamante, en el Sud de África, á pesar de la resistencia del Estado libre de Orange, dándole el nombre de «Griqualand del Oeste.» Con esto los griquias más bien perdieron que ganaron, pues se vieron ahogados por los buscadores de oro, quedando de esta suerte destruidas las esperanzas que pudiesen acariciar de tener independencia política.



Flechas de los namaquias (Museo etnográfico, Berlin).